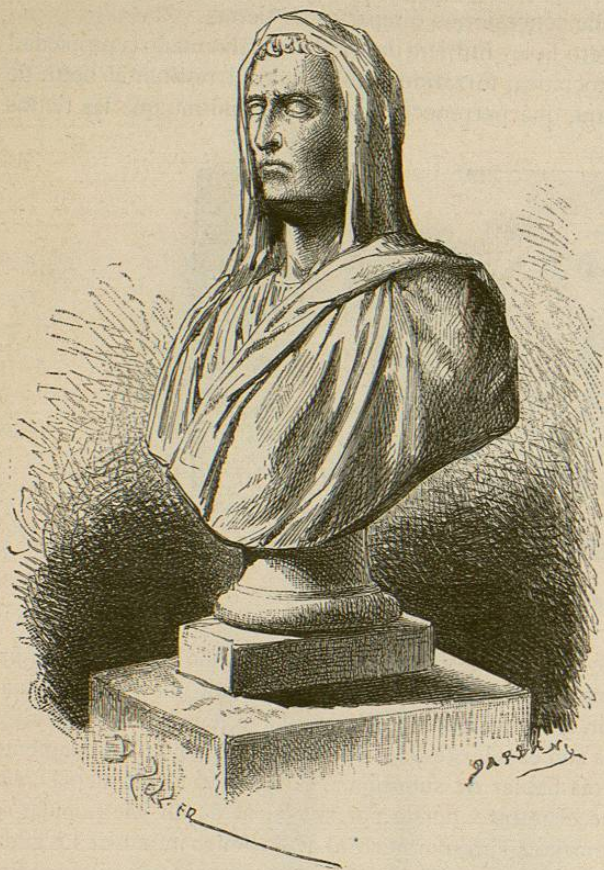


mucho más. Espantado de los progresos que hacía la conjuración en Roma y en toda Italia, comenzó á ver que, si entre el senado y César había una cuestión de influencia y de poder, entre Catilina y los nobles había una cuestión de vida ó muerte. En las últimas elecciones consulares sólo por algunos votos había vencido Antonio á Catilina, y este estaba puesto en lista para el año 62. A fin de apartarlo, Cicerón y el senado apoyaron á Silano y á Murena, amigos los dos de Craso y de César, queriendo granjearse así la buena voluntad de estos dos poderosos personajes, que al



César, pontífice máximo (1)

parecer veían con gusto los peligros con que Catilina amenazaba á la oligarquía (2).

Como último recurso, Cicerón hizo añadir á las penas impuestas por la ley contra la corrupción electoral, el destierro de diez años para el culpable.

Así apurada su paciencia, estaba decidido Catilina, si esta vez no triunfaba su candidatura, á jugar el todo por el todo. Sus preparativos estaban acabados, y las armas necesarias reunidas en varios puntos. Los veteranos de la Umbria, de la Etruria y del Samnio se disponían á la sordina; la flota de Ostia parecía ganada. Sit. Nucernino en Africa prometía sublevar aquella provincia y acaso á España. Sin duda ejercía en Roma Cicerón enojosa vigilancia; pero no tenía fuerzas á mano: todas las legiones estaban en Asia con Pompeyo, y Catilina creía poder contar con el otro cónsul

(1) Busto del museo del Louvre representando á César con la cabeza velada, en traje de pontífice máximo.

(2) ... *Res publica in paucorum jus atque ditionem concessit*. Véase el discurso que Salustio pone en boca de Catilina (*Cat.* 20). Es obra del historiador, pero también la opinión de un contemporáneo y de un testigo ocular. Salustio tenía 26 años á la muerte de Catilina y había vivido en Roma. Salustio no cree el atroz juramento con que se supone que Catilina ligara á sus cómplices; y tiene razón que le sobra. Pero Floro, Plutarco y Dion recogieron estas abominaciones, de que no hubiera dejado de servirse Cicerón, á ser ciertas.

Antonio; en fin uno de los conjurados, L. Bestia, era tribuno designado, y pretor otro.

Catilina esperaba pues que bastaría una señal para que luego al punto aparecieran ejércitos bajo los muros de Roma, donde otros cómplices harían estallar el incendio en diversos puntos de la ciudad, á fin de llegar, en medio de la confusión, hasta el senado y los cónsules. Algunos conjurados, particularmente el pretor Léntulo Sura (3), hombre arruinado y perdido en la opinión, hablaban de armar á los esclavos, que se removían en la Apulia. Catilina vaciló en desencadenar una turba que no pudiera luego dominar. Sus cómplices no querían más que sustraerse á sus acreedores y á sus jueces; Catilina tenía una ambición más alta. En pleno senado se atrevió á decir: «El pueblo romano es un cuerpo robusto, pero sin cabeza: yo seré esa cabeza.» Y otra vez: «Se quiere llevar á mi casa el incendio; yo lo extinguiré bajo ruinas.»

Menos hábil que César y Pompeyo, se ponía fuera de la constitución para derribarla de un golpe, seguro de que los suyos, una vez llenos de oro, le dejarían el poder, aun aquel Léntulo que se creía predestinado á reinar en Roma.

Esperaba con ansiedad el resultado de los comicios consulares. Cicerón, que por revelaciones de un conjurado poseía ya todos los secretos de Catilina, fué á presidir la asamblea, bien preservado con una coraza, que dejaba ver bajo la toga: soldados ocupaban los templos inmediatos y la multitud de los caballeros rodeaba al cónsul. Los dos candidatos senatoriales, Silano y Murena, triunfaron al fin (4).

El mismo día salieron emisarios por todas las puertas de Roma, y algún tiempo después sabía el senado que se había visto gente armada en el Piceno y en la Apulia; que la plaza fuerte de Preneste estuvo en peligro de una sorpresa; que en Capua se temía una sublevación de esclavos; que un antiguo oficial de Sila, Malio, acampaba delante de Fiésole con un ejército formado de colonos militares y campesinos arruinados; en fin, que en Roma, habían intentado dos conjurados penetrar al amanecer en casa de Cicerón para asesinarlo (5).

(3) Entre los conjurados, además de Léntulo, que había sido cónsul el 71, pero expulsado del senado por los censores el 70, nombra Salustio á P. Autronio, L. Casio Longino, Cetego, miembro, como Léntulo, de la *gens Cornelia*, dos sobrinos del dictador, Publio y Servio Sila ó Sula, L. Vargunteyo, antiguo cuestor, igualmente deshonorado en juicio, Q. Anio, M. Porcio Leca, L. Bestia y Q. Curio, todos senadores; entre los caballeros, á M. Fulvio Nobilior, L. Estalio, P. Gabinio Capito y C. Cornelio. Siendo cuestor Léntulo defraudó los caudales públicos, y sometido á juicio fué absuelto por dos votos de mayoría. «He comprado uno de más», decía (*Plut. Cic.*). Durante su pretura, presidió el tribunal en que se juzgó la causa de Varrón, gobernador de Asia. Hortensio, el defensor, compró al presidente y á los demás jueces; mas para estar seguro de que estos ganaban bien su dinero, les dió tablillas de colores diferentes (*Cic. in Verr.* 1 y *Asconio*). A fin de volver al senado, solicitó otra vez la pretura (64). Los libros sibilinos decían que C. C. y C. debían reinar en Roma: la profecía se había realizado ya para Cinna y Cornelio Sila; el tercero debía ser con toda evidencia Cornelio Léntulo. El *príncipe sibilino*, como lo llama Porcio Latro, se arrojó en cuerpo y alma á la conspiración, que contaba con otros tres miembros de la misma familia: tanto había exaltado las ambiciones más vulgares el triunfo de Sila. Autronio, cónsul designado para el año precedente, hubo de ser destituido; Casio Longino había pretendido también en vano este cargo el 64. Bestia era entonces tribuno, y Gabinio había sido condenado por sus concusiones en la Acaya.

(4) Murena fué acusado de corrupción electoral por Sulpicio, acusación que sostuvo Catón con gran desagrado de Cicerón, porque un fallo contrario hubiera favorecido los proyectos de Catilina. Por eso tomaron á su cargo la defensa Hortensio y Craso. Murena fué pues absuelto.

(5) Salustio, *Catilina*, 27-30; Apian. *Bell. civ.* II, 2. Véase en la II *Catilinaria*, 3, la descripción del ejército de Malio.

Por fortuna, acababan de llegar de Oriente dos procónsules, Marcio Rex y Metelo Crético, y esperaban á las puertas de la ciudad con algunas tropas el triunfo que solicitaban. El primero fué dirigido sin demora contra Malio y el segundo sobre la Apulia; otro pretor salió en dirección del Piceno, y Pompeyo Rufo corrió á Capua para hacer salir de allí á los gladiadores que distribuyó en los municipios inmediatos. Roma misma fué declarada, como diríamos hoy, en estado de sitio; y los cónsules investidos por el senado de un poder discrecional, provocaban revelaciones con el incentivo de las promesas; levantaban tropas; ponían guardias en las puertas y en las murallas y hacían que circularan rondas por todos los arrabales.

Este aparato militar, estos temores contra un enemigo invisible, aumentaban el espanto, y todos los ricos se sentían amenazados de un gran peligro, que no estaba en las fronteras, sino al rededor de ellos, sobre sus cabezas, sin saber dónde ni cómo combatirlo. Cicerón comprendía que en medio de este terror, bastaría el más ligero incidente para desbaratar todos los cálculos; pero no quería precipitar nada: no se estaba ya en el tiempo de Servilio Ahala; la violencia acaso hubiera sido más perjudicial, y sabía muy bien que un acto de energía en vano mata á un gobierno débil: el senado debía pues cubrir su flaqueza con su respeto á la legalidad.

Había muchos otros enemigos. ¿Qué partido tomarían Craso y César? A buen seguro se opondrían á una justicia que sería fácil llamar proscripción y tiranía. Para aislar á los conjurados era preciso poner de manifiesto sus designios incendiarios; y Catilina permanecía en Roma; Catilina iba al senado!

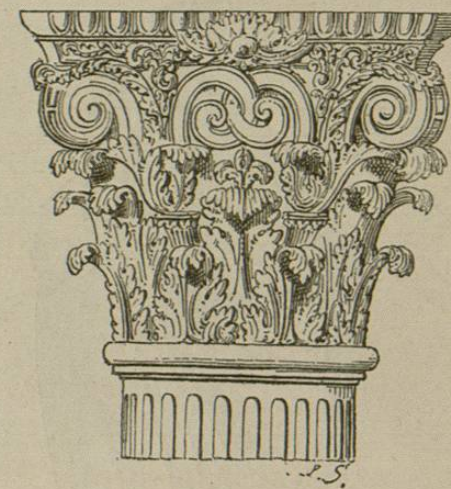
El 8 de noviembre el cónsul reunió á los senadores en el templo de Júpiter *Stator*. Catilina se presentó allí también. A su vista estalló de indignación el elocuente cónsul.

«¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? ¡Ni la guardia que vela de noche en el monte Palatino, ni las tropas reunidas en la ciudad, ni la consternación del pueblo, ni este concurso de buenos ciudadanos, ni este lugar fortificado en que el senado se congrega, ni las miradas de indignación que todos convierten á tí, nada, en fin, te detiene! ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! El senado conoce todas esas maquinaciones, el cónsul las ve ¡y Catilina vive aún! ¿Qué digo vive? Viene al senado, designa á los puñales á aquellos de nosotros que quiere inmolarse... Y nosotros que hemos recibido del senado el decreto con que Opimio hirió á Cayo Graco, lo dejamos inútil como una espada que no nos atrevemos á sacar de la vaina. Si, todavía espero, porque no quiero que perezcas hasta que no puedas ya encontrar á nadie bastante perverso para compadecerte ni tomar tu defensa. Hasta entonces vivirás; pero vivirás como vives ahora, seguido, perseguido, rodeado de hombres que sin que tú lo sepas te guardan y vigilan: ojos siempre abiertos, oídos siempre atentos te seguirán y recogerán tus palabras.

»Renuncia, créeme, renuncia á tus designios: estás envuelto; todos tus proyectos nos son conocidos. ¿Quieres que te los diga? Recuerda que el 20 de octubre anuncié para el 27 el movimiento armado de Malio. ¿Me engañé? Para el 28 el exterminio de toda la nobleza. ¿No fué mi vigilancia la que aquel día te detuvo? Y el primero de noviembre, cuando quisiste sorprender la colonia de Preneste, ¿no estaba bien guardada? No, no das un paso, no tienes un proyecto, no concibes un pensamiento que yo no vea, que yo no sorprenda, que yo no entienda. Todavía te diré lo que has hecho la noche anterior: has estado en casa de Leca; has repartido la Italia entre tus cómplices; has de-

signado á los que habrían de partir contigo y á los que habrían de quedarse en Roma; á estos les has señalado los puntos por donde debe empezar el incendio; á aquellos les has pedido algunos instantes aún hasta que se me haya asesinado, y dos caballeros han venido á mi casa á desembarazarte de este último cuidado; pero ya lo sabía yo todo.

»¿Por qué, pues, te detienes aún? Acaba tus designios, sal de Roma; sus puertas te están abiertas. Si yo ordenara tu muerte, la hez impura que tú has removido y sublevado se quedaría en nuestra ciudad; parte y que contigo fluya fuera de nuestros muros. En este mismo recinto, muchos no están al parecer convencidos, y si te castigara, dirían que había obrado á la manera de un rey. Pero cuando estés en el campo de Malio ¿quién dudará ya? Entonces de un solo golpe exterminaremos á todos nuestros enemigos, y ese mal que ha crecido tanto será al fin desarraigado



Capitel del templo de Júpiter Stator (1)

del seno de la república. Escucha: creo oír la voz de la patria misma que grita: ¡Catilina, desde hace algunos años, no se comete un crimen cuyo autor no seas tú, ni un escándalo en que no tengas tú intervención! Contra tí, son mudas las leyes y los tribunales impotentes. ¿No me liberrarás de los terrores que causas?»

Y diciendo estas palabras, que no quería Cicerón que interpretara Catilina en sentido de desmayo ó de flaqueza, se dió prisa á indicarle los caballeros romanos que rodeaban la curia dispuestos á herir, á una señal, al enemigo jurado de todos los ricos. Pero el cónsul veía al populacho favorable al rebelde, y temía que la sangre del culpable cayera un día sobre su cabeza como la de una víctima. Recordaba á Escipión Násica y á Opimio muertos miserablemente por haber servido á una oligarquía muy más fuerte que la que defendía él ahora, y se hubiera contentado con el destierro voluntario de Catilina.

Repelido por la elocuente palabra del grande orador, salió del senado Catilina con la amenaza en los labios, y cerrada la noche, salió también de Roma, y después de algunas vacilaciones, fué á ponerse á la cabeza de las tropas de Malio, llevándoles como prenda de la victoria un águila de plata, bajo la cual habían combatido los soldados de Mario en Aix y en Vercelli (2).

Al partir puso á su esposa Orestila bajo la protección de Q. Cátulo por medio de una carta en que decía:

(1) Bosc, *Dict. raisonné d'archit.*, t. I, p. 394.

(2) *Cic. in Catil.* I y II. Catilina salió de Roma el 9 de noviembre del 63, que corresponde en el calendario reformado al 13 de enero del 62.

«Irritado por la injusticia que me priva de las recompensas debidas á mis servicios, mientras se conceden á hombres indignos, abrazo la causa de los desgraciados. Es el único partido que debo tomar para poner á salvo mi honor.»

A los ojos de los patricios una derrota electoral era un ultraje, porque amenguaba su dignidad. Catilina no tenía acaso el derecho de hablar así; pero el sentimiento de lo que era debido á un romano de ilustre prosapia llenaba el alma de aquellos nobles, aunque hubieran caído en el desprecio público.

Antes de alejarse había dicho á los conjurados que de-



Cicerón, de toga (1)

jaba en la ciudad que contaran siempre con él y que muy luego estaría á las puertas de Roma. Cicerón procuró desembarazarse de ellos, como había hecho con el jefe, revelando en una asamblea del pueblo sus proyectos y abrumándolos alternativamente con sarcasmos y amenazas (1).

«Por fin, quírites, por fin ha salido de nuestros muros ese audaz: Catilina ha huido; su espanto ó su furor le llevan lejos de nosotros. Los usos de nuestros mayores y la seguridad del Estado exigían su suplicio; pero ¿cuántos de vosotros no rehusabais creer sus crímenes? ¿Cuántos no los daban por quimeras ó los excusaban? Ahora nadie dudará y todos lo combatiréis cara á cara, toda vez que él se declara públicamente enemigo vuestro. ¿Por qué no se ha llevado consigo sus peligrosos cómplices? En cuanto á su

(1) Estatua del museo de San Marcos en Venecia. Clarac, *Mus. de sculpt.*, p. 903, n.º 2,306.

(2) Es el asunto de la segunda Catilinaria.

ejército, en cuanto á esa turba de viejos desesperados, de rústicos sin recursos, de deudores fugitivos, sólo siento el más profundo desprecio. Nó, no será de la espada de lo que huyan; bastará con mostrarles el edicto del pretor.

» Pero hay otros que perfumados con esencias y vestidos de púrpura, divagan por el Foro, se sientan á las puertas del senado, hasta entran en la curia. He aquí unos soldados de su ejército que yo hubiera querido que partieran con él. Abiertas están las puertas, francos los caminos. ¿Qué esperan pues? Se engañan lastimosamente si creen que mi paciencia no ha de agotarse. Quien se mueva en la ciudad contra la patria, sabrá, mal que le pese, que Roma tiene cónsules vigilantes, un senado animoso, armas, y una prisión donde nuestros mayores quisieron que se expiaran los crímenes manifiestos.»

Sólo un corto número de conjurados se espantaron ante estas amenazas y partieron. Entre ellos había el hijo de un senador: advertido su padre le hizo perseguir y matar por sus esclavos (3).

Pero Léntulo, Cetego, Bestia y otros permanecían en Roma, ora tratando de acusar á Cicerón por haber desterrado á un ciudadano sin previo juicio, ora proyectando una inmolación general de magistrados durante las Saturnales. Cicerón, que estaba muy bien servido por sus espías, seguía todos sus movimientos; no se atrevía sin embargo á dar el golpe, porque carecía de pruebas escritas; pero se las suministró muy luego la imprudencia de los mismos conjurados.

Había entonces en Roma diputados alóbroges, que de mucho tiempo atrás venían reclamando en vano justicia para su pueblo, arruinado por las exacciones de los gobernadores. Léntulo hizo que los sondeara Umbreno esperando explotar su descontento en favor de su causa. Los diputados cedieron prometiendo el concurso de su caballería; pero reflexionando luego en los peligros de semejante compromiso, fueron á revelárselo todo á Fabio Sanga, su patrono. Este se dió buena prisa en acercarlos al cónsul, el cual les encargó que exigieran á Léntulo un compromiso por escrito, á pretexto de que sus compatriotas no darían de otro modo crédito á sus palabras.

Léntulo, Cetego y Estatilio sellaron con sus sellos las cartas de compromiso exigidas, y dieron plenos poderes á Volturcio, que partió al mismo tiempo que los diputados; sino que el puente Milvio por donde debían pasar estaba guardado, y los prendieron con sus despachos. Antes de que cundiera la noticia, mandó llamar Cicerón á los principales conjurados, los cuales, no teniendo ninguna sospecha, acudieron al llamamiento, y sin interrogarles nada, sin abrir siquiera sus cartas, los condujo al templo de la Concordia, donde el senado se había reunido para dar principio á la instrucción.

Abrumados por las declaraciones de Volturcio y de los diputados alóbroges, tuvieron los acusados que reconocer, mal de su grado, sus sellos, sin atreverse á confesar ni á negar nada. Sumido en indigno desaliento, Léntulo hizo allí mismo dimisión de la pretura y fué entregado á la guarda del edil Espinter, Estatilio á César, Gabinio á Craso, Cetego á Cornificio, Cepario al senador Cn. Terencio.

Antes de separarse, dió el senado un voto de gracias al cónsul, cuya vigilancia había salvado la república y decretó que se dirigieran solemnes súplicas á los dioses como para las victorias de los ejércitos. Cicerón fué el primero que sin ceñir espada mereció este honor.

El cónsul fué sin demora á llevar estas revelaciones al

(3) Valer. Max. V, VIII, 5; Dion, XXXVII, 36.

pueblo (1), y la multitud, indiferente hasta entonces á los peligros de la oligarquía, se alarmó de aquella alianza de los conjurados con un pueblo bárbaro, de aquel llamamiento hecho á Catilina para que viniera sobre Roma, aunque fuera con un ejército de esclavos, mientras sus cómplices darían fuego á la ciudad por varios puntos comenzando la matanza. Todos, hasta el más pobre, se sintieron amenazados, y el cónsul, tranquilo ya respecto del pueblo, precipitó las cosas en el senado. El 5 de diciembre (2), aquel día de las nonas, que celebraba tan á menudo, abrió el cónsul la deliberación sobre la suerte de los conjurados. Muchos esperaban aprovechar las circunstancias para envolver á sus enemigos personales en la proscripción que iba á pronunciarse. Cátulo, Pisón, sobre todo, hubieron de fatigar á Cicerón con sus instancias para que hiciera hablar á los alóbroges contra César; otros suscitaron acusadores contra Craso (3). Pero Cicerón sabía muy bien que atacándolos el senado tendría que habérselas con adversarios muy fuertes. Bastante era vencer á Catilina, terminar una guerra civil y consumir una ejecución ilegal.

El senado no tenía el poder judicial: únicamente á la asamblea del pueblo estaba reservado el derecho de pronunciar una sentencia capital. El senado iba pues á cometer una usurpación y la responsabilidad de este acto debía recaer sobre aquel que de ello se hacía un honor, sobre el cónsul. Así la conducta de Cicerón era tan audaz como reservada y circunspecta: perseguía el empeño que había tomado sobre sí, por la salud del Estado, por su propia gloria y por su fortuna política; pero no retrocedía ante los peligros del momento, y á fuerza de prudencia, procuraba conjurar los del porvenir. Violando y todo la constitución, guardaba escrupulosamente las formas: no hacía prender á los conjurados en sus casas, á fin de respetar el domicilio de los ciudadanos; no entregaba la persona de Léntulo á los lictores, sino que lo conducía él mismo de la mano ante el senado, porque sólo un cónsul podía constreñir á un pretor; en fin hacía declarar á los conjurados enemigos públicos, *perduelles*, para que se pudiera proceder contra ellos como si no fueran ya ciudadanos.

Pero temía, al parecer, aumentar el número de los acusados, y en medio de tantos culpables, no pedía más que cinco cabezas. En la curia decía en alta voz que todo lo tomaba sobre sí, pero no se olvidaba de demostrar la solidaridad que unía al senado con su cónsul. Por espacio de dos meses había dejado inútil el decreto que le daba omnímodos poderes; y ahora mismo quería que se pronunciara sentencia por esta asamblea para no parecer más que un instrumento y que su causa viniera á ser la del senado.

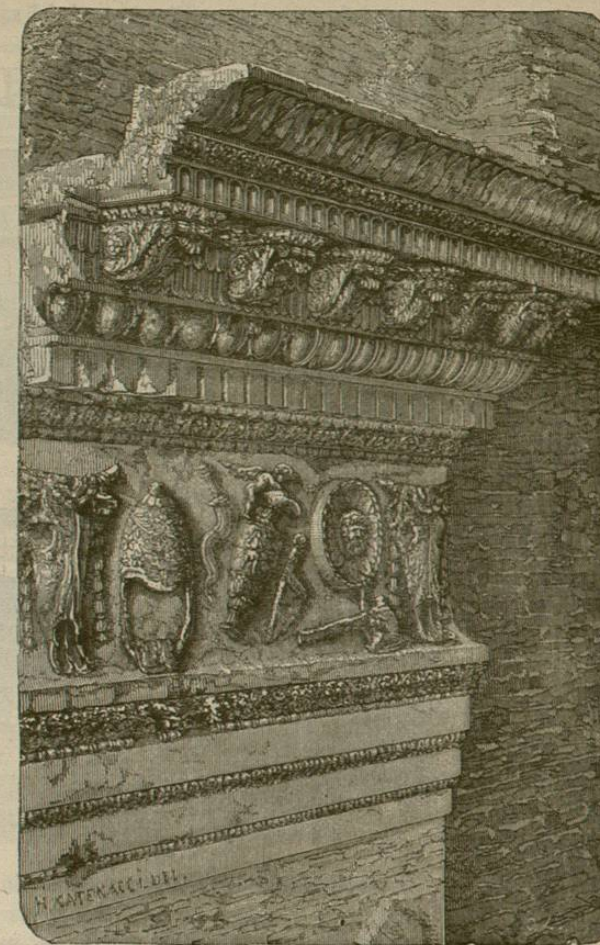
Por lo demás, no había omitido ningún medio de tranquilizar á los senadores desplegando fuerzas de una manera inusitada. Desde la víspera, todos los ciudadanos habían prestado el juramento militar; muchos se habían alistado y guardaban en armas el Capitolio y los principales edificios; numerosas rondas recorrían las calles, y la escolta ordinaria del cónsul, los jóvenes caballeros, rodeaban el templo de la Concordia, donde los Padres estaban reunidos. El cónsul designado, Silano, interrogado primero que todos, votó por la *última pena*, y todos los consulares se adhirieron á su opinión. César, pretor designado entonces, se atrevió

(1) Tercera Catilinaria, pronunciada el 3 de diciembre.

(2) Correspondiente al 7 de febrero del 62.

(3) Ya vimos que Cátulo había sido rival desafortunado de César en la candidatura al pontificado, y que César había acusado á Pisón criminalmente. Craso fué denunciado en pleno senado por uno de los conjurados. Salustio (*Cat.* 48) asegura haber oído decir al mismo Craso que á Cicerón debía este ultraje.

á sostener otra menos dura: votó la prisión perpetua en un municipio y confiscación de bienes. Jefe del partido popular, estaba en su papel invocar las leyes para oponerse al golpe audaz que quería dar una oligarquía temerosa y enojada. El pueblo, por otra parte, no veía la conspiración con los mismos ojos que los grandes. El manifiesto publicado algunos días antes por Malio, parecía ser el de todos los pobres de Roma. Hablar en favor de los conjurados, era pues retar á la oligarquía en medio de su victoria y halagar al pueblo, que, como César decía, olvida tan pronto



Friso del templo de la Concordia (4)

los crímenes de los grandes culpables, para compadecerlos en el suplicio.

Ya la mayoría de los senadores aceptaba sus ideas, hasta Quinto, hermano del cónsul, y Silano explicó sus palabras en el mismo sentido que César. Cicerón se levantó entonces é hizo ver el peligro de detenerse, después de haber ido tan lejos; pero aunque otra vez más hubiera asumido valerosamente sobre sí solo toda la responsabilidad, á fuerza de presentarla terrible y amenazadora para engrandecer su papel, más y más espantaba á sus colegas, los cuales acaso lo hubieran abandonado, si Catón no hubiera venido en su ayuda con su ruda elocuencia y sus amargas recriminaciones contra César (5). Arrastrada la asamblea por la palabra de Catón, votó la muerte.

Para comprometer á César, quiso Cicerón añadir la confiscación de bienes que aquél había propuesto, y con esto

(4) Wey, *Roma*, p. 30.

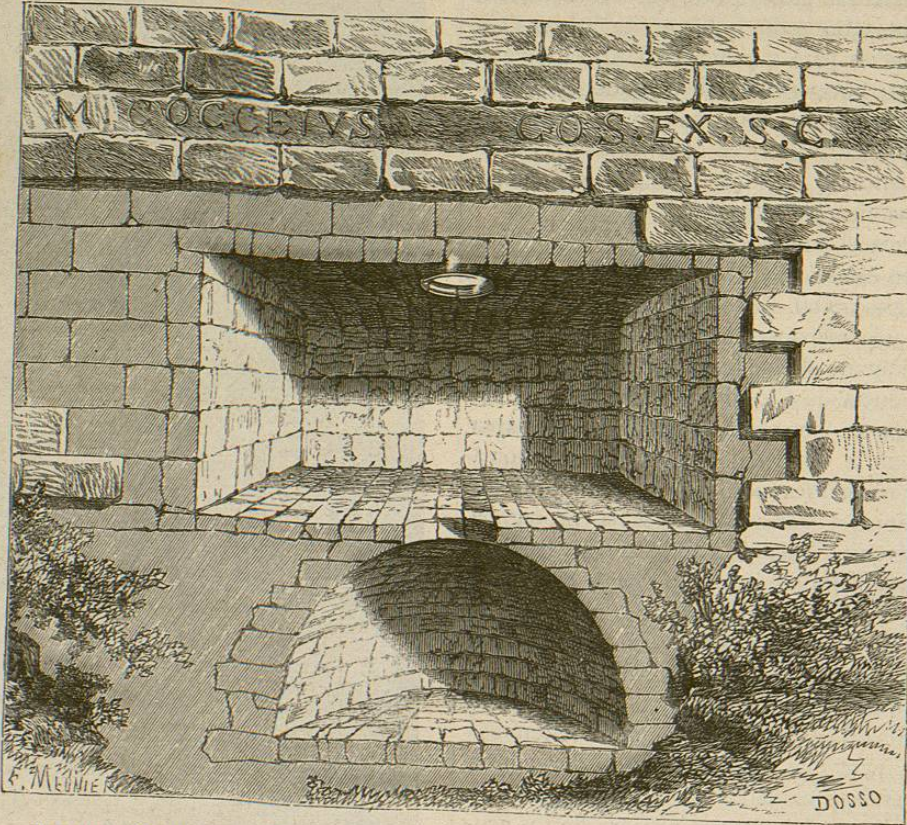
(5) Véase en Plutarco (*Cat.* 24) un rasgo que pinta á la vez el carácter suspicaz de Catón y las costumbres de César con motivo de la carta de Servilia, hermana de Catón, carta que éste creyó ser de los conjurados.

se reprodujo la discusión, pero llena de cólera y violencia. «Es odioso, decía César, desechar lo que mi voto tiene de humano y sólo tomar la disposición rigorosa.» Apremiado el cónsul para que terminara el asunto, consintió en que no se hablara de confiscación en el senadoconsulto. Un momento fué tan grande el desorden que los caballeros que rodeaban el templo hubieron de invadir la curia buscando á César para matarlo; pero los senadores se interpusieron haciéndole una muralla con sus cuerpos.

Cicerón no perdió un momento para no dar tiempo á César á que hiciera intervenir los tribunos, ni al senado, arrastrado á su causa, el de retractarse. El mismo fué á sa-

car á Léntulo de la casa en que estaba detenido en el Palatino y lo condujo al Tulliano, adonde los pretores llevaron á los demás conjurados. Los triunviros capitales los esperaban ya. Léntulo fué estrangulado primero, y sobre su cadáver, Cetego, Gabinio, Estatilio y Cepario sufrieron uno tras otro la misma suerte.

Cuando el cónsul atravesó por segunda vez el Foro al bajar de la prisión, no dijo más que esta palabra: *Vivieron*; y la multitud, poseída de estupor, se disolvió en silencio (5 diciembre 63). Nadie dijo entonces que el cónsul ni los Padres acababan de dar un golpe de Estado usurpando facultades que la ley no les daba. Pero algún día pedirán



El Tulliano (*Tullianum*). Corte de la prisión en que se ejecutaban las sentencias de muerte (1)

cuenta de ello, Clodio á Cicerón y César al senado: tarde ó temprano se expían las faltas políticas.

Las ventajas obtenidas sobre los rebeldes por los generales del senado habían dado sin duda á Cicerón la confianza de llevar á cabo lo que él miraba como el honor de su consulado y un gran servicio prestado á la patria. En todas partes se habían reprimido los movimientos con la sola presencia de las tropas: sólo en la Etruria había habido seria resistencia. Cicerón que había comprado con la cesión del lucrativo gobierno de Macedonia la cooperación

(1) La prisión en que la justicia de Roma hacía ejecutar á los reos de muerte, criminales vulgares y reyes y héroes vencidos, como Yugurta y Vercingetorix, se componía de dos cuerpos ó calabozos sobrepuestos, el *Mamertino* y el *Tulliano*, que ya hemos reproducido. Ahora damos aquí el corte de los dos terribles y pavorosos calabozos. El *Mamertino*, de 20 pies de largo y 16 de ancho, estaba formado de grandes bloques de peperino ó toba volcánica y no tenía puerta, pero se comunicaba por una angosta abertura con el Tulliano ó calabozo inferior, más pequeño y de forma casi circular. Aquí era donde se estrangulaba á los reos de muerte. Luego se sacaban los cadáveres para exponerlos en las gemonias, desde donde con garfos de hierro se arrastraban al Tiber. A aquel rencoroso pueblo no le bastaba el suplicio de sus enemigos; necesitaba ultrajar sus restos y perseguirlos hasta en la muerte, negándoles sepultura. Según la tradición cristiana, San Pedro estuvo encerrado en el Tulliano, que ha venido á ser la capilla de *San Pietro in Carcere*.

de su colega Antonio, lo había puesto á la cabeza de las fuerzas dirigidas contra Catilina, pero haciendo vigilar todos sus pasos por uno de sus amigos más íntimos, por el cuestor Sextio. Este ejército cubría á Roma, mientras otro á las órdenes de Metelo ocupaba la Cisalpina y amenazaba la retaguardia de Catilina.

Catilina había reunido veinte mil hombres, pero sólo cinco mil tenían armas. En vez de atacar de improviso, perdió un tiempo precioso en negociar la defección de Antonio. Pero á la noticia de la ejecución de Léntulo y sus cómplices, conoció Antonio que la causa de los conjurados estaba perdida y movió al fin su ejército. Con esto se determinó rápidamente la deserción en las filas de Catilina, y al cabo de algunos días no le quedaban más que tres ó cuatro mil hombres.

Quiso entonces batirse en retirada, atravesar el Apenino, ganar los Alpes y alcanzar la Galia para hacer lo que Sertorio. Pero á su espalda guardaba Metelo todos los pasos, y retrocedió desesperado sobre el ejército consular, que Antonio había puesto á las órdenes de Petreyo, viejo y hábil soldado, y se encontraron no lejos de Pistoya.

Antes de la batalla, echó pie á tierra Catilina, dando como Espartaco libertad á su caballo, y se colocó en el centro de un cuerpo escogido. La acción fué encarniza-

da (1); ningún soldado retrocedió un paso ni menos pidió cuartel; todos murieron matando. El mismo Catilina estaba, cuando lo buscaron, bien delante de los suyos, respirando todavía á pesar de sus muchas y mortales heridas. Cortáronle la cabeza y la enviaron á Roma.

La historia, bien que condenándolos, guarda cierta piedad para esos grandes facciosos que saben morir tan bien. Y la imaginación popular hace más aún que la historia: en Roma se cubrió de flores su sepulcro, como se hará más tarde con Nerón; y en las más antiguas crónicas de Florencia, Catilina tiene el carácter de un héroe nacional (2).

Al ver este fácil éxito y la poca sangre que hizo derramar, en Roma, la de cinco personajes oscuros ó envilecidos, y en el campo de batalla, la de una tropa, más bien que ejército, de veteranos mal mirados en toda Italia, se ve uno obligado á pensar que la elocuencia de Cicerón hubo de engañarse sobre la importancia verdadera de este hecho histórico. Creía el grande orador haber sofocado una facción formidable y sólo había vencido una conspiración vulgar. Los impuros elementos que Catilina reunía no habían podido adquirir la consistencia de un partido político. De aquellos conciliábulos podían muy bien salir el asesinato y el incendio, pero no una revolución; porque las revoluciones se hacen por las ideas y las necesidades de una clase que es ó puede ser la mayoría. Las pasiones egoístas no engendran más que estériles conspiraciones.

III. — TURBULENCIAS DE ROMA HASTA LA FORMACION DEL PRIMER TRIUNVIRATO (62-60).

Sin embargo, este audaz golpe contra la sociedad fué un momento útil á los que la gobernaban y al parecer la habían salvado. El senado había dado pruebas de vigilancia y energía y se creyó en su fuerza; hasta él mismo se abandonó á esta ilusión. Pompeyo le pareció menos grande, César menos temible, y olvidó la indignación que había mostrado el día en que Tarquinio acusó á Craso de complicidad con Catilina. Cicerón particularmente se lisonjaba de haber espantado para siempre á los ambiciosos y á los partidos. «Cedan las armas á la toga,» exclamaba deslumbrado el consular. Y para seguir siendo el héroe de la paz, de la ciudad, no quiso aceptar su gobierno de la Cisalpina.

Pronto se desengañó. Había escrito á Pompeyo de igual á igual, de vencedor á vencedor, de potencia á potencia, y Pompeyo no se dignó contestarle. Ya, para humillar el orgullo del advenedizo, había despachado el general á Roma á Metelo Népote, uno de sus oficiales, el cual obtuvo fácilmente el tribunado y se declaró enemigo del cónsul. Al dejar las fascas consulares se había prometido Cicerón dirigir una arenga al pueblo para glorificar su *inmortal* consulado, que dicho sea de paso, aparte la ejecución de Léntulo y sus cómplices, no se distinguió por nada, á no ser por dos leyes sin importancia. «El hombre que no ha

(1) Se dió esta batalla algunos días después de la entrada en funciones de los nuevos cónsules. *En ἀρχῇ αὐθιγῶν τοῦ ἔτους ἐν ᾧ Ἰουλιόσ τε Σιλανός καὶ Λούκιος Λικίνιος ἦσαν*, por consiguiente á principios del año 62 (á mediados de marzo del año verdadero) (Dion, XXXVII, 39; Tito Livio, Eпит. CIII). El asunto no acabó aquí: por espacio de cerca de un año, hubo acusaciones y destierros (Cic. *pro Sulla*, y Dion. XXXVII, 41). En cuanto al vencedor, el cónsul Antonio, gobernador de Macedonia el año siguiente, se deshonró en su gobierno con tan escandalosas exacciones, que fué desterrado, sin que quisiera César levantarle el destierro el año 49.

(2) Malespini, *Istor. Fiorent.* cc. 13-21. Se han encontrado cerca de Fiesole monedas cuya más reciente fecha data del consulado de Cicerón.

permitido á los acusados defenderse no se defenderá,» dijo el tribuno. Y le ordenó limitarse al juramento de costumbre de no haber hecho nada contrario á las leyes. «Juro, exclamó Cicerón, juro haber salvado la república!» A este elocuente grito, Catón y los senadores contestaron saludándolo con el título de Padre de la patria, que el pueblo confirmó con sus aplausos.

Pero cuando se hubo pasado la embriaguez de este último triunfo, recobrando Cicerón su calma, vió mejor la situación. Pompeyo se separaba de él y del senado; Craso acusaba á Cicerón de haberlo calumniado y le guardaba profundo rencor; un tribuno, en fin, parecía amenazarle con una acusación capital, á pesar del senadoconsulto por el cual se prohibía toda acción contra los que habían ayudado á castigar á los conjurados.

El prudente consular se dió á buscar el medio de aplacar todos estos resentimientos: procuró calmar á Craso; proclamó en alta voz el celo que había mostrado César, y se humilló ante Pompeyo, á quien puso por encima de Escipión pidiéndole el cargo de Lelio. Fué á buscar amigos hasta entre los cómplices de Catilina: Publio Sila fué defendido por el mismo Cicerón, que lo sacó absuelto de la acusación, á pesar de la evidencia de las pruebas. Si hubiéramos de dar fe á la afirmación de Aulo-Gelio, el acusado hubo de *prestar* á su defensor dos millones de sestercios, que le sirvieron para comprar una magnífica casa (3).

En cuanto á Metelo Népote, tenía por colega en el tribunado á un ciudadano con quien Cicerón y el senado podían contar, M. Porcio Catón. Hombre cerrado, impenetrable, severo, que no transigía con nada ni con nadie, ni aun consigo mismo, Catón fué acaso, entre todos los personajes de la antigüedad, el que llevó más lejos la idea del deber. Como su abuelo, cuya rudeza tenía, se hizo el censor de los hombres de su tiempo; sin tregua ni descanso combatió por lo que él creía el derecho, y cuando creyó que debía á su causa el último ejemplo, se dió la muerte con su propia mano para que su sangre saltara sobre la corona del vencedor y quedara en ella como la protesta suprema de la libertad.

Por desgracia, aquel hombre de bien, que siendo pretor iba al tribunal descalzo y sin túnica bajo la toga, se hacía ridículo con su afectación de rusticidad y no comprendía ni las cosas ni los hombres en cuyo roce vivía (4). Era uno de esos conservadores exagerados que quieren detener el tiempo y resucitar á los muertos. Catón el Antiguo, espíritu original y sano, ejerció grande influencia; su nieto no ejerció ninguna; ni siquiera llegó al consulado, ni vive sino por su muerte, en la memoria de la posteridad.

Había sido ya cuestor: sus predecesores, todos jóvenes nobles, muy pronto fatigados y aburridos de números y negocios de rentas, abandonaban, para ir á sus placeres, tan enojosas funciones á los escribientes del tesoro; y de aquí el espantoso despilfarro de los caudales públicos, créditos supuestos, que eran admitidos, débitos al tesoro que no se pagaban. Catón había vigilado á estos empleados, y á pesar de sus clamores y de la protección interesada de altos personajes, consiguió hacerles entrar en el camino

(3) Aul. Gel. *Noct. Att.* XII, 12. Los grandes abogados de Roma tenían la pretensión de no recibir nada de sus clientes, y sólo á los amigos prestaban el auxilio de su elocuencia. Cicerón lo dice en muchos lugares y reprocha á Hortensio, en las *Verrinas*, por ejemplo, que no sea desinteresado su celo. Los clientes debían pagar los días de elección; por otra parte, los presentes sustituían los honorarios.

(4) Queda, sin embargo, una carta de él, dirigida á Cicerón, que nadie esperaría verla firmada con su nombre, y en la cual se burla muy ingeniosamente y sutilmente del gran burlador (*Ad Fam.* XV, 5).